



TRES FIGURAS LITERARIAS EN AGULO

CESARINA BENTO, PEDRO BETHENCOURT
Y ANTONIO TRUJILLO

PABLO JEREZ SABATER

Resulta curioso pensar cómo un lugar de dimensiones tan reducidas como Agulo pudo dar, en apenas medio siglo, a tres escritores de una calidad literaria tan elevada. No tenemos una respuesta concreta para ese interrogante, pero quizá podríamos contestar que el espacio geográfico –tan marcadamente singular– pudo propiciar tal conjunción. En estas líneas conoceremos un poco más de la trayectoria vital y literaria de Cesarina Bento Montesino, Pedro Bethencourt Padilla y Antonio Jesús Trujillo Armas.

CESARINA BENTO MONTESINO¹

La literatura romántica canaria no dio nombres especialmente significativos, y menos aún los dio en las islas menores. El caso de la poetisa de Agulo Cesarina Bento es, por tanto, un caso ciertamente paradigmático, aunque debemos matizar algunas cuestiones, tal y como veremos después.

Cesarina Bento nació en 1844, un 29 de enero, siendo hija de José Ramón Bento y Peraza de Ayala, y de Josefa Montesino Carrillo. Por tanto, ya los apellidos delatan la posición acomodada de la familia, siendo una de las principales terratenientes de la isla. Esa condición social y económica pudo favorecer la entrega literaria de la poetisa desde su juventud. Con apenas diez años, esto es, en 1854, su padre adquiere una finca en la isla de Cuba, adonde se traslada con su mujer e hijos y donde residirá durante nueve años. La estancia en Cuba no pudo ser más fructífera. La considerará como su segunda patria y la idílica vida –si entendemos como el Parnaso la soledad de la vida alejada de trabajo y emociones– pudo terminar por decantar la balanza de la jovencísima Cesarina por las letras. Pero, ¿qué tipo de composiciones poéticas realizaba? Eran sencillas anotaciones en un cuaderno donde la estela de los maestros románticos –en especial Espronceda y Gertrudis Gómez de Avellaneda– se ven claramente reflejados. Lamentablemente, es demasiado poco lo que hemos conservado de su

obra hasta nuestros días como para emitir un juicio de valor oportuno, partiendo de la base de que su poesía no es innovadora en el sentido de la métrica o del verso, sino una mera absorción de los efluvios de la poesía romántica que leía en la Cuba de su adolescencia.

La cuestión principal de su lírica comienza a manifestarse a partir de 1862, año en el que su padre decide regresar a su Gomera natal y, aunque enferma y el viaje se retrasa unos meses, la idílica vida del hacendado cubano en donde Cesarina conoció el arte y la poesía y, por qué no pensarlo, quizá el primer amor, pronto se tornó en un estado de melancolía y tristeza por el regreso. Aunque Agulo era su lugar de nacimiento, Cuba lo era de su adolescencia. Este dualismo se vio reflejado en su poesía, en un cuaderno que titula *Libro de Escanari Toben y Nontisemo*, un acrónimo silábico de su nombre. Aquí anotará versos sueltos, poemas completos, fragmentos en prosa, y todo ello encuadrado con esmero en terciopelo estampado en pan de oro:

Cuando miro la noche estrellada
y la luna esplendente en el cielo
pienso en Dios, y un dulce consuelo
mi alma triste comienza a invadir.
Y si miro ese campo espacioso,
adornado de ceibas y palmas
me parece un asilo de almas
destinadas por Dios a vivir.

La tristeza del regreso creemos que queda claramente reflejada en este breve poema. Efectivamente, *las ceibas y las palmas*, encontramos el recuerdo de la Cuba feliz, de la hacienda, de los campos, del calor y el verdor destinados para vivir, esto es, el verdadero paraíso en la tierra para nuestra poetisa. ¿Cómo afrontar el regreso a La Gomera?

A su regreso a la isla, al balcón gomero que es Agulo, deja aparcada su poesía para casarse con un primo suyo, Fernando Bento, cuando tenían veintiséis años ella y diecinueve aquel. La vida plácida de Cuba se transforma en una vida acomodada en la hacienda de los Bento en Agulo y allí formará una familia, engendrando cuatro hijos y abandonando, paulatinamente, la poesía que le había servido de salvoconducto en su etapa caribeña. Y, como bien reflejó en uno de sus últimos versos, *se puede ser feliz en La Gomera*.

Que allá en el fondo de mi mente ardía
y era mi patria regresar un día
y allí, bajo su cielo transparente
a la sombra del haya y los viñáticos

alejados del mundo inconsecuente
do sólo se hallan seres apáticos,
vivir unidos por amor ardiente
y sin oír discursos enigmáticos,
que aun dura allí semilla primera,
se puede ser feliz en La Gomera.

Aquí la ceiba y la palma se transforman en hayas y viñátigos. Se trata del regreso a la patria, de Cuba a La Gomera de cielos transparentes unidos por *un amor ardiente* (¿se refiere a su marido Fernando o a un amor dejado en Cuba?). Y es que, por qué no pensarlo, ella podía ser feliz en La Gomera, como de hecho parece que lo fue. Muere, finalmente, en su Agulo natal en 1910, a los sesenta y seis años. Se apagó una voz personal y romántica casi desconocida, una poetisa decimonónica, pero primera voz importante en la isla de La Gomera. Cesarina Bento Montesino, *la poetisa de Agulo*.

PEDRO BETHENCOURT PADILLA

De la siguiente generación de poetas agulenses emerge una voz personalísima: la del gran Pedro Bethencourt, quizá el poeta más conocido de la isla de esta etapa junto con el siempre admirado Pedro García Cabrera. Nacido en 1894, se trasladó a Tenerife siendo adolescente para estudiar, primero, en la Escuela de Comercio y, más tarde, en el Instituto Canarias, el bachillerato. Desde muy joven su pasión por la literatura le hizo asistir a numerosas veladas poéticas y a publicar diferentes poemas en la prensa del momento. Sin embargo, fue tras su viaje a Madrid para estudiar Medicina, unido a sus viajes a Cuba –siempre esta isla tan presente para nuestros antepasados gomeros– lo que forjó en él una inconfundible voz en la poesía del momento. Basten las palabras del poeta y escritor asturiano Andrés González Blanco en su prólogo al poemario de Bethencourt *Vida Plena* (1934): «Nos han dado sus poetas (poetas canarios) una nueva nota de sensibilidad: nos han cantado el mar y el encanto de los puertos cosmopolitas, y en sus estrofas oímos zumbir las caracolas marinas». Efectivamente, quizá la condición de isleño haga del poeta canario un ser con una sensibilidad especial para con el mar. Ese océano que, para Pedro Bethencourt Padilla, era el istmo que separaba, cual península ficticia, su Gomera natal de la amada y vivida Cuba.

Sin embargo, hay algo en la poesía de este poeta realmente mágico o, mejor dicho, místico. Y es la creación de un nuevo lenguaje poético basado en el pensamiento teosófico, tan en boga a comienzos de siglo en España, y que tiene en autoridades como Blasco Ibáñez verdaderas piedras angulares. Esta nueva percepción sensorial y espiritual de la lírica la denomina nuestro poeta *Yuvismo*. En el prólogo de su poemario *Salterio* (1920) nos revela su significado:

«La poesía es una emanación de la Divinidad y a Ella debe afluir, por la misma ley natural que hace que los arroyos tornen al mar del que proceden. Siendo la más expresiva de las artes, humanamente, la poesía ofrece una posibilidad más inmediata para la realización de lo divino. De aquí la responsabilidad del poeta como representante de la Belleza Universal. `El Arte por la Humanidad´».

Esta verdadera espiritualidad al servicio de la belleza y la divinidad ya la hemos vinculado a la teosofía. Pero, ahora bien, ¿qué hace de Pedro Bethencourt un poeta especial? Sin lugar a dudas, su exquisita sensibilidad. Como seguidor de esta doctrina y sus vínculos posteriores con la masonería (no en vano su hermano José fue masón, así como su amigo, el pintor José Aguiar), hicieron que su lírica alcanzase verdaderos momentos de hondura, como podemos observar en uno de los poemas de su *Salterio*:

Yo quiero ser tan sólo el mensajero errante
que teje con sus rimas los más fraternos lazos.
Para abarcar el Orbe, quiero en mi afán constante
abrir como la cruz de Redentor mis brazos...

Esta característica de su poesía, perfectamente estructurada y rimada, se hizo patente en su primer poemario, del que nos interesa ahora señalar su relación con el pintor agulense José Aguiar, sin duda alguna el mejor muralista español del siglo XX. Un jovencísimo Aguiar, con tan solo veinticinco años, colabora con su amigo Pedro Bethencourt en la ilustración del poemario. Aquí descubrimos a un nuevo Aguiar, alejado de la corriente *racial* de su primera etapa, esto es, su regionalismo más acusado en obras como *Comadres de La Gomera* o *Romería de San Juan*, por citar solo algunas de las más conocidas. No, aquí nuestro pintor es otro, mucho más cercano a la estética modernista y simbolista de pintores como Néstor Martín Fernández de la Torre o el primer Borges Salas. Esta fructífera colaboración fue muy bien acogida en su presentación en el Ateneo de Madrid, en 1920. Y es que Pedro Bethencourt tenía una gran capacidad para construir imágenes literarias, como es su reflexión final en este primer poemario, constituida a modo de epílogo:

He lanzado mi voz y no me importa.
Si los hombres negáronse a escucharla,
yo sé que por los siglos de los siglos,
y a pesar de los hombres y de las razas,
por todos los confines de la tierra
repetirán el eco las montañas!

Y para Pedro Bethencourt, esas montañas serán las de su Gomera natal, las que

circundan ese gran anfiteatro (como lo denominaría la inglesa Olivia Stone) que es Agulo. Sin embargo, para él, aunque profundamente gomero en espíritu, sus raíces las echó en Cuba. Viajero en su juventud por Europa, donde incluso vivió en París con el periodista gomero Pascasio Trujillo, regresó a Madrid en 1934 para presentar su poemario *Vida Plena*. Una poesía mucho más madura que la de *Salterio*, menos mística quizá, y mucho más influenciada por la vanguardia, aunque sin perder del todo esa espiritualidad tan asumida en su pensamiento. Fijémonos, como ejemplo, en estos versos de su poema *La tierra*, publicado en el referido libro de 1934:

El hombre es el dolor; acaso el único
dolor que la atormenta.
Si no fueran los astros;
si no fueran
el mar, el viento, el río... ¿quién diría
lo que tal vez decir quiere la Tierra?
El canto que ella inspira
no lo ha dicho jamás ningún poeta.
La Tierra pide un canto
de piedad a los hombres que la pueblan.
La Tierra tiene voz; pero las almas
están sordas. La Tierra
llora por todos; pero...
¡las almas están ciegas!

La Guerra Civil lo sorprende en Madrid y regresa a Cuba, donde permanece hasta 1961, es decir, casi treinta años alejado de España, sintiendo cada vez más añoranza por las Islas, por el mar que sirve como enlace, pero también como éxodo. En 1962 regresa a La Gomera, donde fue recibido como un hijo pródigo, celebrándose fiestas y conmemoraciones en su honor durante dos semanas, incluyendo el nombramiento de su calle natal, en el Calvario, como *calle poeta Pedro Bethencourt*. Es el momento en el que publica, de manera periódica, poemas en la prensa de la época, como en *El Día* o en *La Tarde*.

Pedro Bethencourt Padilla fallece en Madrid en 1985, callando su voz y su guitarra (era un espléndido músico) para siempre. En el recuerdo quedarán siempre sus poemas, su pensamiento y sus amigos, quienes dirán de él que *se marchó, ante todo, un hombre bueno*.

ANTONIO JESÚS TRUJILLO ARMAS

Desde nuestro punto de vista, es quizá el mejor poeta de la tercera generación

(cronológicamente hablando) agulense. Nacido en Agulo el 16 de septiembre de 1924, su infancia transcurrió en La Gomera hasta el fallecimiento de su madre, momento en el que, junto con sus hermanos y su padre, se traslada a la isla de Tenerife, volviendo tan solo en los veranos a su Agulo natal.

En 1945, con tan solo veinte años, publica su primer poemario, titulado *El Salmo del Sendero*, siguiendo la estela de su admirado Pedro Bethencourt Padilla, quien era, para más señas, familiar suyo. La estética yuvista de su maestro queda totalmente patente en las primeras composiciones, como es el caso de su *Evocación Mística*, poema dedicado al propio Bethencourt:

Estas peñas de mi pueblo
que se elevan
que se elevan...
Estas grutas milenarias
—guanchinescas—
—guanchinescas...—
Estas cascadas que lloran
mensajeras
mensajeras...
Y estas montañas agrestes
sin praderas,
cómo me hablan de las huellas
de un poeta...!
De un poeta que extendióse en sus remansos
su melena,
de una poeta que alumbró con su pupila
lo recóndito y dormido
de sus salvajes veredas.
Cómo me hablan,
cómo me hablan de las huellas de un poeta...!

Antonio Trujillo estudia magisterio y obtiene la plaza por oposición nacional en la isla de La Palma, viviendo en Mazo hasta su muerte, acontecida, creemos, en 1967². Sea como fuere, nunca olvidó su isla natal, convirtiéndose pronto no solo en un excelente poeta; sino también, en un magnífico prosista. En 1960 publica un libro fundamental para la isla de La Gomera: *El poeta y la isla. La Gomera*. Para acometer este trabajo, el poeta recorrió todos los paisajes de la isla de su infancia y juventud gomeras, reviviendo así, sobre el propio paisaje, todo un mundo de recuerdos y sueños, acompañado por una prosa retórica, preciosista y minuciosa en sus descripciones. En el prólogo de este libro, firmado por Máximo Max's (Tenerife, 1957), dice lo siguiente, a propósito de La Gomera y de Agulo: «La

Gomera es, pues, isla ideal para el ensueño. De allí proceden Pedro Bethencourt y José Aguiar, ambas figuras señeras de la intelectualidad canaria. El uno con su rima portentosa, mística y enteramente asimilada; el otro, que supo robar fulgores al sol caliente de Agulo para llevar por el mundo entero el sortilegio de su paleta pictórica y clavar por doquier el banderín de sus innegables merecimientos artísticos».

Hasta el día de su muerte, numerosos fueron los poemas publicados por el autor en la prensa de la época, así como su asistencia a diversas veladas poéticas celebradas no solo en su isla residencial, sino también en La Gomera, volviendo a Agulo en 1954 para celebrar las fiestas de Las Mercedes como pregonero, dejándonos una de las más exquisitas descripciones de prosa poética dedicadas al municipio gomero jamás escritas: «Si península es –transcribimos aquí la definición dada por la Real Academia de la Lengua– “una porción de tierra cercada por el agua y sólo unida con la tierra firme por una parte no muy ancha”, Agulo –nos referimos escuetamente al caso del pueblo– podría tener igual definición, ora que forzando los términos: una hermosa y natural meseta convertida por la mano del hombre en productivas fincas, semicircuñda por altos y uniformes riscos y volcada hacia el mar por su parte más ancha. Si se tratara aquí de una verdadera lección de geografía, y una vez el alumno en posesión de la idea de península, mediante la cual lo coloca en condiciones de seguir adelante, el maestro proseguiría su explicación diciéndole seguidamente el contorno y configuración de la misma, hasta culminar en el aspecto humano que la informa, punto con el que daría fin a su estudio. Así, del pueblo de Agulo vamos a ver cómo es su contorno y configuración: para ahorrarnos tiempo, existe una palabra clave que nos viene a demostrar la forma del contorno del pueblo: la de su propio nombre, Agulo. La palabra *Agulo*, según las referencias que tenemos, ha pasado por tres fases evolutivas a través del tiempo. Primeramente fue “ángulo”, después, con acento prosódico en la “u”, “angulo”, y, finalmente, creo ya inalterable, Agulo, tal como suena. Así que el término geométrico “ángulo”, con que fue denominado prístinamente el pueblo después de la conquista, debe tener una relación con la forma de los riscos que los semicircundan (en razones orográficas se fundan los nombres de muchos pueblos). En efecto, los riscos del pueblo de Agulo, casi inaccesibles, compactos y uniformes, con un nivel de altura de ochenta a cien metros, diríase un cinturón colosal, forman, en lo que pudiéramos llamar el vértice –sitio que se conoce con el nombre del Ancón–, todo un ángulo pétreo. Una vez más, la geometría de unas peñas da nombre a un pueblo: Agulo. ¡Como si hubiesen sido geómetras los habitantes que lo fundaron! Ahora procuremos subir, lector, por los “Pasos” –vereda guanche en forma de escalera que da acceso hasta el filo del mismo–, camino para el monte, a fin de contemplar el pueblo propiamente dicho a vista de águila. Desde este punto prominente en que nos encontramos se nos presenta Agulo con

un aspecto panorámico verdaderamente jovial y pintoresco. Diríase un doncel encantado en la prisión de sus propios riscos, con su mar arrulladora al fondo; con su completo platanal en productividad, erguido todo él sobre su plataforma natural como un gran balcón volcado hacia la mar. Y analizando el conjunto de las casas que integran el pueblo, notamos que éstas constituyen tres grupos o manzanas casi idénticos, a la derecha, al centro otro y a la izquierda el último. Núcleos de viviendas denominadas, respectivamente: La Montañeta, Las Casas y El Charco. Esto es, pues, en sencillos rasgos y en su aspecto físico, el pueblo de Agulo, amable lector».

Hoy, apenas recordado, Antonio Trujillo mantiene su memoria viva en el municipio de Agulo gracias a la calle que lleva su nombre. Por tanto, otra calle dedicada a un poeta. Algo tendrá Agulo para haber ofrecido, desde su seno, tres valores tan singulares dentro del campo de las letras. Valgan estas breves líneas como homenaje a su memoria.

NOTAS

¹ Sobre Cesarina Bento Montesino puede consultarse: Cebrián Latasa, José Antonio y Gaviño de Franchy, Carlos: *Cesarina Bento Montesino* <http://lopedeclavijo.blogspot.com/2011/06/cesarina-bento-montesino-por-jose.html> y Bento Montesino, Cesarina: *Rastros de ceniza*. Editorial Idea y Cabildo de La Gomera, Santa Cruz de Tenerife, 2004.

² Según el palmero Domingo Cabrera Pérez.